

EL LIBRE COMERCIO ENTRE MÉXICO Y CHILE

Luis MAIRA AGUIRRE*

En primer lugar, quisiera expresar mi agradecimiento al Doctor Juan José de Olloqui y al Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM por esta invitación. Sé lo que representa este Instituto como un centro de excelencia, en una universidad que sigue siendo la conciencia social de México, a la que he tenido el honor de estar muy directamente vinculado.

Mi problema es explicar en pocas páginas las relaciones económicas entre México y Chile, con especial referencia al Tratado de Libre Comercio que nos vincula. Comienzo con una afirmación provocativa: México y Chile han construido la relación económica bilateral más exitosa de América Latina en la década de los noventa, y esperamos que esta relación se proyecte y se profundice en los inicios del siglo XXI.

¿En qué se funda la idea de que esta relación bilateral ha sido tan exitosa? Hay cinco argumentos concretos. El primero es que no hay dos países en América Latina que hayan tenido un crecimiento comercial equivalente al de estos dos países; ha habido un crecimiento del 900% de intercambio comercial entre 1991 y 2000. En 1991, cuando se firma el primer Acuerdo de Libre Comercio, un año después de haber reanudado las relaciones diplomáticas que fueron interrumpidas por razones políticas —la dictadura militar en Chile— desde 1975 hasta 1990. En 1991 el comercio bilateral era de 159 millones de dólares. En 2000 fue de 1,432 millones de dólares.

Segundo, porque mexicanos y chilenos pusimos en marcha el primer acuerdo de este tipo en este hemisferio. En septiembre de 1991, en el marco de ALADI, los gobiernos de México y Chile suscribieron el que se llamó Acuerdo de Complementación Económica número 17, que fue

* Embajador de Chile en México.

efectivamente el primer entendimiento de libre comercio entre dos naciones latinoamericanas y, más que eso, entre dos naciones del hemisferio. El NAFTA fue suscrito en 1993, dos años después. De modo que en este enjambre de acuerdos comerciales que tenemos hoy en América Latina, los mexicanos y chilenos tuvimos el privilegio de hacer el primer entendimiento que sacó del plano retórico la voluntad de aumentar el comercio intra-latinoamericano, ofreciendo instrumentos efectivos, rebajando aranceles, poniendo un arancel cero en buena parte de los flujos recíprocos y creando mecanismos de vinculación que nos permitieran llegar a un intercambio tan dinámico como el que he referido. De modo que, además de crecer mucho nuestro comercio, hemos sido pioneros en la creación institucional para favorecer este tipo de acuerdos.

Tercero, porque este comercio se ha hecho diversificando y multiplicando los bienes que intercambiamos; en el caso de Chile, hemos pasado de un intercambio que comprometía 278 productos exportados en 1991 a un intercambio en 2000 de 876 productos. Es decir, nuestra canasta exportadora ha crecido y por tanto ha dado oportunidad a más empresarios y a más trabajadores, por lo mismo ha beneficiado a mucha gente con los indudables aspectos positivos que tiene para una unidad productiva entrar en el circuito exportador. Por otro lado, México aumentó el número de sus productos exportados en el mismo periodo, de 714 productos a 1,727. De tal manera que nuestro comercio es cada vez más extenso porque también abarca rubros cada vez más complejos y variados; actualmente compromete no sólo a grandes empresas exportadoras de los dos países, sino que recientemente ha incluido a empresas pequeñas y medianas, que se han sumado a este listado de unidades productivas que intercambian bienes de Chile a México y de México a Chile.

El cuarto argumento es también muy concreto. Hemos desarrollado, a partir de un comercio más intenso, una dinámica progresiva de inversiones conjuntas, que están pasando a ser el segundo motor de la relación económica chileno-mexicana. Esto no es extraño, normalmente los vínculos económicos parten por lo que es más impersonal, lo que requiere de menos acercamiento humano directo, que son los intercambios comerciales. Pero esto, en un cierto momento, nos va llevando a nexos y conexiones, a vínculos humanos que son muy importantes, que se van traduciendo en un fenómeno que no es tan relevante aún desde el punto de vista cuantitativo, pero que ya emerge con un gran dinamismo. Empresarios mexicanos y chilenos están diseñando negocios comunes; en el caso de

México para el vasto espacio de la América del Sur y el gran mercado del Mercosur, que más allá de su crisis puntual es un espacio de integración decisivo, la cuarta experiencia de integración mayor del mundo. Y en el caso de Chile para poder vincularse al enorme espacio que implica participar desde México en el movimiento productivo de la América del Norte. De modo que para ambos hay una ventaja complementaria que consiste en los proyectos de inversión, una variable muy dinámica, cuyos listados podemos observar en nuestra embajada, semana a semana. Cada vez hay más empresarios viajando en una y otra dirección, y esto constituye un segundo pilar del reforzamiento de una muy buena relación económica bilateral.

Mi quinto argumento es que en la construcción de este entendimiento, hemos generado una institucionalidad muy importante. Aquí sobresalen dos instrumentos jurídicos, ambos innovadores y modernos en el momento en que fueron acordados. El ya aludido Acuerdo de Complementación Económica del 17 de septiembre de 1991 y, más recientemente, el Tratado de Libre Comercio suscrito en abril de 1998 por los presidentes Ernesto Zedillo y Eduardo Frei, ratificado por ambos congresos en 1999, cuando entró en vigencia.

Examinaré ahora qué tiene de específico este Tratado de Libre Comercio de 1998, y cuáles han sido sus diferencias y nuevos contenidos respecto al primer Acuerdo de 1991, que en mi opinión, tiene el valor de ser una iniciativa pionera y quizá por eso podríamos pasar por alto muchas de sus limitaciones, debilidades y vacíos, porque las experiencias que posibilitó y permitieron construir un tratado de un alcance más completo. De este modo, el acuerdo de 1991 tuvo el propósito de favorecer el intercambio de bienes y eso permitió un dinamismo muy grande. Hay una serie de estadísticas que da cuenta de este crecimiento que cada año se fue potenciando con la aplicación de este primer acuerdo económico. Así, llegamos a un comercio récord de 1,453 millones de dólares en 1997. Y fue ese mismo año, cuando iniciamos una segunda ronda de negociaciones. Dimos un marco más amplio y más innovador a este proceso que ya venía caminando con dinamismo, que era el del comercio bilateral, y entonces concordamos un tratado de libre comercio de última generación que tiene una serie considerable de mejoramientos y de innovaciones respecto del texto de 1991. ¿Cuáles son ellos? Lo más importante es que ampliamos al campo del comercio de bienes con un conjunto de cláusulas para favorecer el comercio de servicios. Así, Chile y México han abierto

sus mercados a los prestadores de servicios en actividades tan importantes y diversas como el turismo, los servicios profesionales, las telecomunicaciones, el transporte aéreo y marítimo y éstos quedarán regidos por los principios de la no gravación y sujetos a disposiciones que estimularán el crecimiento del comercio de servicios como una segunda área para impulsar mejor el caminar económico de este intercambio comercial bilateral.

Un segundo aspecto que hemos incorporado se refiere a todo lo relativo a la protección de los derechos de autor, de artistas, intérpretes, ejecutantes y productores de fonogramas y, de modo muy innovador, señales de satélite exportadoras de programas. Esto incluye también el reconocimiento de la denominación de origen del tequila y el mezcal mexicano y el pisco, el pajarete y algunos vinos que son propios de la economía agrícola chilena.

Hemos establecido igualmente un mecanismo para la solución de controversias muy expedito y eficaz para dirimir los desacuerdos que se puedan presentar entre las partes. También hemos establecido una Comisión de Administración del Tratado, que nos permite examinar permanentemente el avance de nuestros vínculos económicos a través de representantes del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile y, en su momento, la Secretaría de Comercio y Fomento Industrial, hoy Secretaría de Economía de México; así vamos ajustando todos los aspectos que ayuden al mejor funcionamiento, a la mejor cooperación en nuestro entendimiento comercial, de acuerdo con las normas del Tratado de Libre Comercio.

Finalmente, otra ventaja del tratado de 1998, respecto del acuerdo inicial de 1991, consiste en un programa de negociaciones futuras, como por ejemplo en las materias relacionadas con las compras de gobierno y a los procedimientos *antidumping*, todas las cuales han originado encuentros y diálogos posteriores que ya están en marcha y que esperamos sean el complemento para ampliar el marco jurídico de la nueva relación comercial.

El Tratado de Libre Comercio entre México y Chile entró en vigor el 1o. de agosto de 1999, luego de ser ratificado por los parlamentos de ambos países, y es considerado en el mundo como un tratado de última generación. Incluye todos los temas relativos a comercio e inversión, y sus principales ventajas son la transparencia de las disposiciones, de una institucionalidad que hace seguimiento de los compromisos adoptados, la existencia de disposiciones para el acuerdo en materia de conflictos y la posi-

bilidad de un diálogo fluido entre los gobiernos que permite dar agilidad y solucionar los problemas que se vayan presentando en cualquiera de los puntos incluidos.

Concluyo con una brevísima reflexión: una buena relación económica y comercial descansa siempre en factores que no son económicos y esto es muy cierto en el caso de México y Chile. Hay cuatro aspectos que han sido muy decisivos y han constituido el telón de fondo para que esta histórica amistad que hay entre los pueblos y gobiernos mexicano y chileno haya podido encontrar expresiones en un campo tan decisivo de los tiempos posteriores a la Guerra Fría y los de la globalización, como el incremento de los flujos comerciales. Si hemos podido reflejar en el campo de la economía una amistad que es antigua y tradicional en muchos ámbitos, es porque hemos contado con factores favorables, como una cierta visión compartida entre mexicanos y chilenos acerca de la realidad internacional. México y Chile han entendido que en la última década el mundo cambió no sólo por razones de la situación política internacional a partir de la Guerra Fría y el término de la Unión Soviética y el mundo comunista. Simultáneamente, cambió porque el viejo diseño económico de la Segunda Revolución Industrial dio paso a una nueva forma de organizar la actividad productiva, mucho más automatizada, mucho más robotizada, mucho más influida por el peso de la computación y la informática, mucho más dislocada en cuanto a la ubicación de las grandes corporaciones en distintos lugares del mundo. La economía se hizo inevitablemente más abierta, por lo que los países tienen que luchar con nuevos métodos para tener un espacio en esta nueva economía.

En Chile no somos exorcistas de la globalización; como representantes democráticos trabajamos en la conducción de un país pequeño, tenemos que buscar espacios para insertarnos y sobrevivir en un mundo que es cada día más difícil. Entonces, en lugar de maldecir la globalización, hemos intentado trabajar dentro de ella, defendiendo el interés nacional de nuestro país y buscando aumentar y diversificar nuestro comercio, dar más empleos estables a nuestra gente y tener una economía y un Producto Interno Bruto más dinámico.

Y en esa visión del mundo, nos encontramos muy cerca de los gobiernos mexicanos, más allá de las dificultades que ambos tengamos para ejecutar estos propósitos.

Esto es cierto, tanto respecto de los gobiernos que rigieron Chile y México hasta marzo y diciembre de 2000, como para los gobiernos que

hoy realizan sus tareas y han afianzado una relación especial. Hay una excelente relación política entre los gobernantes que se ha sostenido en el tiempo. En 2000, pocos días después del ascenso al poder del presidente Fox, éste se reunió con el presidente Ricardo Lagos de Chile, quien también iniciaba su tarea. En la declaración que emitieron el 4 de diciembre de 2000 se comprometieron a establecer entre México y Chile una relación especial; este es un estatus de entendimiento diplomático más dinámico, con más mecanismos de consulta y cooperación y con la voluntad política de buscar incidir en una presencia más activa de América Latina en el mundo. Este entendimiento se ha hecho más fuerte y en una segunda declaración, un documento de trabajo firmado muy recientemente con ocasión de la visita del presidente Fox a Chile, en agosto de 2001, se ha reforzado y detallado esta vinculación estratégica. Me gustaría subrayar esta Declaración de Santiago como un paso adelante para la consolidación de los vínculos especiales de carácter estratégico entre México y Chile, porque esto no tiene que ver con nuestras relaciones e intereses bilaterales sino con la posibilidad de que mexicanos y chilenos juntos ayudemos a la mejor presencia de América Latina en el nuevo sistema internacional, y a que éste sea más justo y pacífico.

Por último, quiero referirme a nuestra vieja cercanía cultural. México fue un lugar donde soñaron y trabajaron Pablo Neruda y Gabriela Mistral, compañeros de las más grandes figuras de la pintura y las letras de México en los años treinta y cuarenta.

Gabriela Mistral trabajó con José Vasconcelos en el diseño de la reforma educativa, y fue pionera de un programa de educación para comunidades indígenas que luego intentó aplicar en nuestro país. Aquí en México también estuvo Roberto Matta, el más grande de nuestros pintores, que confiesa haber descubierto, a fines de la década de los treinta, el sentido de la imagen, el color y la luz en los mercados y en los parajes de la provincia mexicana. Aquí estuvo como cónsul Pablo Neruda, quien se enamoró de México recorriéndolo de un extremo a otro. En sus memorias, Neruda dejó un testimonio emotivo de esta relación de amistad que como pueblos tienen mexicanos y chilenos. También del otro lado, en Chile, estuvieron David Alfaro Siqueiros y Jorge González Camarena, pintando murales después del gran terremoto de Chillán, y dejaron en nuestros centros culturales grandes e impresionantes murales que conservamos como un tesoro, pues son parte de su tremenda obra pictórica, patrimonio mundial. Por su parte Carlos Fuentes, el mayor novelista mexi-

cano de la época contemporánea, inició su quehacer literario en Chile. Escribió su primera novela siendo un estudiante del Instituto Nacional de Santiago, cuando su padre era un diplomático que ejercía su oficio en nuestro país.

Por eso se puede decir que las relaciones comerciales entre México y Chile no surgen de la nada; surgen del buen entendimiento, del cariño, del afecto entre nuestros pueblos y entre sus gobernantes, que han sido capaces de construir un contexto que ahora nos puede favorecer a ambos cuando impulsamos relaciones comerciales más dinámicas; cuando ponemos en marcha nuevas empresas que son ahora sociedades conjuntas, en la perspectiva de ser más latinoamericanos y ayudar a que Latinoamérica se exprese mejor en un mundo tan heterogéneo y complejo como el de hoy.